

dolo así en una tradición investigadora que se ha centrado en la integración de los inmigrantes en los lugares de recepción y la influencia que ejercían en los de origen; y, por otra, abriendo vías de investigación para el futuro, lo que habla positivamente del presente trabajo, que ha resultado suficientemente interesante como para generar nuevas preguntas a las que responder en el futuro. Respecto a esto, dice Gil Lázaro que resulta pertinente seguir analizando las políticas de repatriación del Estado español en el siglo xx, así como las maneras en las que los inmigrantes han hecho frente a las crisis económicas acaecidas en este mismo siglo. Esta apertura final del libro, lo interesante de su temática y lo novedoso de las fuentes primarias utilizadas constituyen las principales fortalezas de un libro que, con su impecable y cuidadosa escritura, tiene la difícil virtud de ser riguroso y realizar avances en su campo científico al tiempo que resultar cercano, incluso entrañable.

Eva Sanz Jara

Universidad Complutense de Madrid

MIGUEL ARTOLA BLANCO, *El fin de la clase ociosa. De Romanones al estraperlo, 1900-1950*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, 312 págs.

«El carácter singular del caso español no estuvo en la hegemonía de la aristocracia (...) sino en que las viejas élites habían conseguido mantener su posición intacta hasta fecha muy tardía» (pág. 272). Artola Blanco enuncia su tesis fundamental en la conclusión de este trabajo, una obra que sitúa a lo que denomina como «alta sociedad madrileña» en el contexto de otras élites occidentales en la primera mitad del xx y que quizá hace más patente lo necesitada que estaba la historiografía española de un estudio similar.

El primer y honesto objetivo del autor es cuestionar la existencia de un grupo al que se pudiera definir como clase alta. Su propuesta no pretende abordar esta problemática desde un solo ángulo –como hasta hace poco había sido habitual en los trabajos sobre élites–. Aquí no valdría un interés exclusivo por la política –como pueda aparecer en los trabajos de Carasa o en los coordinados por Varela Ortega–, ni siquiera por el dinero –donde se prodigan los estudios sobre empresarios, por ejemplo, de Torres Villanueva–. Desde un punto de vista conceptual, dice beber de clásicos como Veblen, Marx o Weber, pero aún destaca más su intención de trascender fronteras y especializaciones, algo que Mercedes Cabrera subraya en su prólogo para conectarlo con la tradición británica de los Lawrence Stone o David Cannadine.

Tras un primer capítulo donde las tierras, rentas urbanas y el capital definen una trinidad conocida, siguen otros tres capítulos donde el foco se pone en temas tan dispares como la educación, los clubs sociales o la pulsión por la adquisición de vehículos que caracterizó a algunos miembros de ese «Gran Mundo».

En todo el libro resalta el uso de fuentes variadas y, más aún, el aprovechamiento de algunas especialmente «grises» (por ejemplo, informes del Banco de España) para captar esa identidad que se pretende poner en cuestión. En este contexto, su elección de Madrid como foco de atención exclusivo puede plantearse como reduccionista. Sin embargo, y más allá de caer en un improductivo debate, la mirada puesta en el exterior, en la comparación, permite que esta opción sea una fuente de interpretaciones y sugerencias muy productiva tanto para otras ciudades españolas como para historiografías de nuestro entorno.

En su apuesta por definir la alta sociedad, tiene un peso destacado en el análisis del estatus, los espacios de exclusividad y las formas de consumo su atención a la nobleza titulada. Aunque el autor insiste en que no pretende hacer un trabajo sobre nobles, una y otra vez estos juegan un papel dominante a la hora de definir ese grupo social. En este sentido, sería necesario profundizar más en uno de los aspectos más sorprendentes en la perdurabilidad de esa alta sociedad: la elección de un *habitus* que parecía enterrado hacía tiempo, esa forma de vida nobiliaria marcadamente ociosa. Para Artola Blanco, y esto da pistas sobre la cuestión de la nobleza, hay un dúo que juega un papel esencial como captador y generador de nuevas incorporaciones a esa sociedad distinguida: las residencias y el servicio. Para su análisis, se sirve del padrón y los planos de algunos inmuebles, pero también de crónicas de sociedad –las del imprescindible Monte Cristo– y fotografías muy elocuentes. Aunque estudios previos como los de Díez de Baldeón, Mas o Sarasúa hayan tratado estos temas, en su análisis adquieren una dimensión más amplia.

Desde nuestro punto de vista, la segunda parte del libro comenzaría con el último capítulo de su primer bloque. En estas páginas procura hacer un recorrido por los principales acontecimientos históricos en la España del momento, la influencia en los mismos de esa alta sociedad y el impacto que tuvo en su condición de grupo privilegiado. Su aportación más sugerente –y discutible– se concreta en la interpretación de la Guerra Civil como el momento de ruptura para esa sociedad: ni el fin ni el comienzo de nada. Tampoco tendrían un peso clave la Primera Guerra Mundial ni el inicio de la República. Siguiendo entre otras las memorias de Vilallonga –y, más aún, las declaraciones de la renta–, el primer franquismo contemplaría la disolución de los elementos de estatus que hasta entonces habían configurado el grupo. Su interpretación coincide con las visiones recientemente ofrecidas desde la historiografía francesa, donde autores como Bravard, Mcknight o Mension-Rigau pasan por encima de la tradicional cesura de la Gran Guerra para hablar del fin de la alta sociedad y sugieren una llamativa similitud entre nuestro «Gran Mundo» y el suyo. No obstante, Artola Blanco sustenta su interpretación en el capital económico, cuando en Francia la persistencia tendría un indiscutible cariz cultural.

La evolución política de España en estos cincuenta años no es –ni quería serlo– el foco de interés de esta segunda parte del libro. Sin embargo, resulta muy recomendable para los historiadores políticos del periodo acercarse al mismo

desde la perspectiva de las élites sociales de Artola Blanco. Es mucho más que la historia de un fracaso: la decadencia del grupo nos puede aportar tanto como el estudio de quienes irrumpieron para desbancar esa «clase ociosa». En esta obra conviven gente como el marqués de Aledo, el conde de Gamazo, Valentín Ruiz Senén, la casa de Fernán Núñez, el duque de Alba o Ildelfonso Fierro. Muchas cosas les diferenciaban, para Artola Blanco al menos hasta 1950, eran más las que les unían. El debate que puede suscitar esta obra es lógico. Lo que no se le puede negar es haber alcanzado su objetivo de ofrecer una «historia social de las clases altas» (pág. 1), como anunciaba al principio de su trabajo. Social con todas sus letras, también hay que hacer historia social de las élites.

José Miguel Hernández Barral
Centro Universitario Villanueva (UCM)

JORDI AMAT, *El llarg procés. Cultura i política a la Catalunya contemporània (1937-2014)*, Barcelona, Tusquets, 2015, 384 págs.

Durante el año 2013 Jordi Amat, escritor y colaborador habitual de *La Vanguardia*, publicó un conjunto de trabajos sobre la evolución de proyectos políticos y culturales en la Catalunya del franquismo. La visión inteligente e independiente de Amat suele suscitar una gran atención. Juega con ventaja. Mientras la mayoría de historiadores luchan (luchamos) por atraer el efímero interés del lector hacia cuestiones en ocasiones muy alejadas de sus preocupaciones, las circunstancias por las que pasa la vida política catalana son un marketing excelente para los productos de Amat. Pero no nos dejemos vencer por la envidia y tratemos de entrar en el interior de un libro que merece toda la atención y que, al parecer, no va a ser traducido al castellano. Que Francesc Cambó, Agustí Calvet «Gaziel», Jaume Vicens Vives, Josep Pla, Carles Riba o Josep M. Castellet no tengan nada que decir al lector no catalán es algo difícil de justificar racionalmente. Mucho más si a todos ellos se los sitúa en el contexto de una historia relevante tanto en lo que tiene de particular catalana como en lo que tiene de parte muy significativa del drama civil peninsular. ¿De qué historia trata el ensayo? Con brevedad: la de una comunidad humana que da forma a proyectos siempre por encima de sus posibilidades y de las posibilidades mismas que los tiempos permiten plantear –las crisis europeas de los años 1914-1918, 1936-1939 y, de nuevo, la de los últimos años de otro orden–. Estos proyectos son definidos por Jordi Amat como los del catalanismo, un concepto lo suficientemente flexible para englobar propuestas muy diversas en lo ideológico y programático, desde la cultura con vocación reivindicativa, en un sentido muy lato, hasta la política estricta.

El llarg procés está compuesto por tres apartados y un epílogo que prolonga el análisis hasta el ajuste de cuentas entre nacionalistas conservadores y el «ma-